

ELLAS, LAS EXTRAÑAS



Título: *Ellas, las extrañas*
Primera edición: febrero 2023.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Cristina Fernández Cubas, 1980 y 1983 (relato autorizado por la agencia Casanovas y Lynch), © Pilar Pedraza, © Alicia Sánchez, © Pilar Adón (© de “Plantas aéreas”, incluido en *La vida sumergida*: Pilar Adón, 2023. Cesión acordada con Galaxia Gutenberg, S.L., Barcelona (España) www.galaxiagutenberg.com), © Ángeles Mora Álvarez, © Patricia Esteban Erlés, © Marian Womack, © Izaskun Gracia Quintana, © Gemma Solsona Asensio (relato cedido por Huso Ediciones), © Ana Martínez Castillo, © Sofía Rhei, © María Zaragoza, © Tamara Romero, © Sére Skuld, © Isabel Del Rio Sanz, © Elisenda Solsona, © Nerea Pallares

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Rosa Aguilera García (@besobelga)
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García

Fotos autores: María Zaragoza: Foto © Isabel Wagemann. Ana Martínez: Foto © Rosa Aguilera. Nerea Pallares: Foto © Isabel Wagemann. Angeles Mora: Foto © Mariví Troy. Patricia Esteban Erlés: Foto © Beatriz Pitarch. Pilar Adón: Foto © Asís Ayerbe. Cristina Fernández Cubas: Foto © Pilar Aymerich.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-126583-0-9
Depósito legal: AB 43-2023
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.

ELLAS, LAS EXTRAÑAS

Cristina Fernández Cubas • Pilar Pedraza • Alicia Sánchez •
Pilar Adón • Ángeles Mora Álvarez • Patricia Esteban Erlés •
Marian Womack • Izaskun Gracia • Gemma Solsona • Ana
Martínez Castillo • Sofía Rhei • María Zaragoza • Tamara
Romero • Sére Skuld • Isabel del Río • Elisenda Solsona •
Nerea Pallares

Coordinación y prólogo de Beatriz García Guirado



InLimbo
Narrativa

Prólogo

No Woman's Land

En enero de 2022 publiqué en la revista *The Coolt* un artículo titulado «Ellas, las extrañas», que abordaba la literatura extraña escrita por autoras en español como «la frontera en la frontera». Tanto por estar situada en el umbral entre varios géneros —no es necesariamente ciencia ficción, terror o fantástico, aunque tiene algo de todos ellos—, como por estar escrita desde una mirada extrañada de la realidad, que no es unívoca, ni lógica, ni normal pese a las apariencias y a nuestra costumbre aprendida de hacer que todas las piezas encajen. Y que, además, se escribe desde la periferia de ser mujer en un mercado editorial que aún hoy enfrenta un importante sesgo de género y que, como veremos, también intersecciona con la clase y, sobre todo, la nacionalidad.

Lo extraño o *weird*, uno de cuyos significados arcaicos, apuntaba Mark Fisher en su colosal ensayo *Lo raro y lo espeluznante* (Alpha Decay), es «destino», puede entenderse como una *No Woman's Land*. Una tierra de nadie narrativa en la que a través de alterar las convenciones —la causalidad, las leyes espaciotemporales, el «adentro» y el «afuera», etc.—, ha permitido a las autoras salir de la horma ordenancista impuesta por el «otro» —una otredad hegemónica que finge ser todos y todas— para convertirse en una tierra fértil en historias hijas

de un realismo tan extraño y perturbado, tan caótico, como la propia realidad. Eso es, un destino posible para otras voces y miradas en los márgenes; lugar, por cierto, desde el que se gestan los cambios.

Por eso, citando a Fisher, que también vivió alojado en los márgenes, «las obras contemporáneas o experimentales suelen parecerse raras la primera vez que las vemos. Esta sensación de lo *erróneo* asociada con lo raro —la convicción de que algo *no debería estar allí*— suele ser siempre una señal de que estamos en presencia de algo nuevo».

Aunque lo nuevo no lo sea nunca del todo y parta de una o varias tradiciones. Por ejemplo, es indiscutible que Lovecraft fue el inventor del cuento raro, en el sentido apuntado por Mark Fisher de haber encontrado una mediana de autopista entre el género fantástico y el terror a través de su fijación por lo exterior: «Un afuera que irrumpe a través de encuentros con entidades anómalas desde un pasado lejano, en estados alterados de conciencia o en giros extraños de la estructura temporal». No obstante, Lovecraft no dio la espalda a sus precursores y dejó escrito en textos como su ensayo *El horror sobrenatural en la literatura* la influencia que tuvieron en él autores como Hawthorne, Poe, Ambrose Bierce, Machen o Chambers.

Igualmente, un cineasta como David Lynch, tan raro que incluso acuñó sin proponérselo un modo o cualidad de hacer y ser, «lo lynchiano», siempre reconoció la influencia que ha tenido en su cine el dadaísmo y el surrealismo. Eso sí, remozado de la estética y los motivos del Hollywood de los años 50.

Mientras que en las autoras latinoamericanas de este umbral entre géneros, lo extraño, se encuentran a veces notas del realismo mágico y de los llamados «góticos» (tropical, andino...), y ellas mismas, las contemporáneas, quiero decir, han aprovechado su visibilidad y el creciente interés que tiene su obra en España para rescatar del olvido a sus ancestras, como ha hecho la extraña Mónica Ojeda con Armonía Somers, o

la gran reina del terror Mariana Enríquez con Silvina Ocampo; en España no es que no exista una tradición, es que nos acompleja.

Bienvenida, Miss Marshall

Para qué nos vamos a engañar: mola infinitamente más decirse hija de Mary Shelley que de la Pardo Bazán más tenebrosa, que junto a Rosalía de Castro y su extrañísimo *El caballero de las botas azules* forman parte de un romanticismo oscuro burbujeante de nuestros propios fantasmas y laberintos patrios. Y aunque ampliamente reconocida (pero sin Nobel), Ana María Matute nos suena añeja habiendo escrito la obra clave de la literatura fantástica española, *Olvidado rey Gudú*. ¿Y las novelas cortas de Colombine y la vanguardia de Rosa Chacel, cuyo relato *Fueron testigos* es el vivo reflejo de lo extraño que irrumpe en la cotidianidad? No, no son ni por asomo tan leídas (de hecho, en absoluto) como cualquiera de las obras de Shirley Jackson o Joyce Carol Oates, ambas indiscutiblemente buenas.

¿Por qué ha tenido que ser un sabio foráneo, en este caso el escritor Jeff VanderMeer, quien incluyera a Mercè Rodoreda como una de las grandes escritoras de *weird* de todos los tiempos, cuando aquí seguimos acordándonos de la Colometa de *La Plaza del Diamante*?

Con ello no estoy diciendo que las extrañas españolas tengamos la culpa de no haber conectado con una tradición o con cualquiera de las autoras antes citadas, ¡si incluso ni sabíamos de su existencia! Muchas de nosotras, yo la primera, crecimos en el gusto por lo norteamericano y además escrito por hombres. Me pirro por la América profunda; si volviera a nacer me pido ser un tractorista sureño que escriba novelas locas entre un turno y el siguiente para que cuando muera o

sea tan viejo que me dé igual tener los dientes negros de alquitrán, me traduzcan. O nos gusta lo francés, o nos tira más lo latinoamericano. ¡Bolaño! ¡Carpentier! Hace poco, una autora me comentaba que lo primero que leyó conscientemente en su vida fue *El libro de arena* de Borges.

Pero la literatura española es realista, ¿no quedamos en eso? Y si fue vanguardista, se quedó en una retahíla de nombres de varones de obligada lectura hasta no hace mucho en los institutos. Básicamente, Lorca, que no es poco. Si hay que introducir la perspectiva de género, pues un documental sobre Las Sinsombrero o algún cuento aislado de la Matute como autora de posguerra. Aunque recientemente me llevé la feliz sorpresa de que la extraña Laura Fernández figurará en los libros de texto. Y eso me lleva al siguiente tema...

Es posible que aún estemos construyendo una tradición de espaldas al gran mercado editorial. Hasta ahora. La merecidísima puesta en valor de la obra de la escritora Laura Fernández y los éxitos cosechados por *La señora Potter no es exactamente Santa Claus* (Random House, 2021), tras una sólida trayectoria literaria que bebe directamente del posmodernismo norteamericano, es lo más saludable y extraño que le ha pasado a la literatura en los últimos tiempos.

Y nos dio que pensar.

El propósito de esta antología es tanto una reivindicación de las pioneras de lo extraño que han abierto camino y siguen fieles a su obra, como de aquellas autoras más jóvenes que, como Fernández, *no deberían estar allí*, de acuerdo a la lógica del mercado español en la que el canon es el realismo costumbrista.

En los cimientos de esta tradición aún en obras, la maestra absoluta del cuento: Cristina Fernández Cubas. Sin duda, hay un antes y un después de *Mi hermana Elba* (1980) y *Los altillos de Brumal* (1983) en la narrativa española, una forma de mirar y narrar totalmente original donde el misterio y la magia irrumpen en lo cotidiano con naturalidad, donde los puntos de vista

abren trampillas en las historias..., puertas, ventanas... Dobles. Límites difusos. Cuentos caleidoscópicos. Y no deja de ser curioso que, teniéndola a ella entre lo mejor de nuestras letras, puestos a hacer listas de autoras que han renovado el fantástico, como ocurre frecuentemente en los medios, nos vayamos geográficamente lejos como si lo insólito no fuera también nuestro patrimonio.

Igualmente ocurre con la literatura de Pilar Pedraza, la autora de narrativa de terror más importante de este país cuyas novelas, relatos y ensayos, siempre situados en los umbrales, han abierto camino a tantísimas otras autoras que encontramos en Pedraza un referente tanto literario como en cuanto es modelo de resistencia. Pionera. Insobornable. Ella misma. Generosa con quienes habitan esos mismos márgenes que ha contribuido, y mucho, a ensanchar. Y, sin embargo, debería ser más reivindicada, infinitamente más visible, hoy en día.

Pero también Patricia Esteban Erlés, nuestra Angela Carter. Compasiva con los monstruos, retorciendo los cuentos de hadas clásicos y los mitos para hablarnos sobre los aspectos más crudos de esta vida, donde la fantasía no es evasión, sino los prismáticos con los que mirar la realidad desde otros puntos de vista.

Hasta llegar al lenguaje como embrujo y la opresiva tranquilidad de las abadías de Pilar Adón; el «agro-horror cósmico» de Ana Martínez Castillo; el remix vacacional de ¿Quién puede matar a un niño? pergeñado por la elegante y malvada prosa de Izaskun Gracia; el *ghost* shakesperiano de Gemma Solsona; el bucle infinito de los relatos soñados por Isabel del Río; las plagas circense-carcelarias de la siempre *weird* Tamara Romero; la negrura porno-capitalista de Alicia Sánchez y su reinención *gore* de los finales felices; los peligros de tener ojos tristes y una genética endiablada, es decir, María Zaragoza; la manera en que un contrato editorial puede ser «peor» que un pacto satánico dentro del universo explosivo de Sofía Rhei; los sermones envenenados de la ¡alabada seas! Ángeles Mora;

las atmósferas preñadas de misterios y trenes que nunca llegan de Elisenda Solsona; los *selfies* mortuorios de Nerea Pallares; el viaje onironauta a la Otra Realidad a través del ojo psíquico y fascinante de Sére Skuld, o el distópico batir de alas de la *Queen Butterfly of weird fiction* Marian Womack, publicada en las mejores editoriales británicas y probablemente el ejemplo más paradigmático de que exista este libro y este prólogo.

Todas ellas escritoras con imaginarios tan libres, indómitos y originales que, *os entiendo, muchachos*, acojonan. Sus relatos son la mejor prueba del largo camino que emprendimos desde que a las extrañas nos rapaban la cabeza por escandalosas o nos obligaban a encajar en la horma de la «literatura femenina», siempre desde el patrón de lo masculino, claro. Pero ¿hemos progresado lo suficiente?

Literatura de(s)generada

Voy a permitirme hacer algo muy de moda, autoficción.

Cuando escribí el artículo «Ellas, las extrañas» estaba muy cabreada, lo confieso. Tenía una amiga —porque siempre le pasa a una amiga— con serias dificultades para encontrarle casa a un manuscrito.

Desesperada, mi amiga le comentó su aventura a un colega de ambas, agente literario. Cuando acabó de llorarle, el agente va y le pregunta si no tendría por casualidad algo escrito sobre un aborto. Era broma, una bastante bruta. Pero refleja cierta sensación que acompaña al perfil artificial de «escritora española» como alguien cuyas historias, a tenor de los nuevos tiempos, deberían estar basadas siempre sobre el hecho traumático de ser mujer en un sistema patriarcal: su cuerpo y sus traumas, su familia y una adolescencia agrídulce, su maternidad o su no maternidad, marcharse al campo para autorrealizarse y encontrar solo en la naturaleza su lugar en el mundo,

su precariedad laboral ahora o durante la Guerra Civil... O convertir su obra en lo más semejante a la vidriera de una catedral gótica, un texto moral que nos diga abiertamente cómo deberíamos ser como mujeres.

Pero es que nosotras escribimos con nuestros cuerpos y nuestros traumas, con los abusos que hemos y seguimos padeciendo; escribimos siendo madres o habiendo abortado y, a razón de lo que escribimos, estamos también bastante tiesas. ¡Y, joder, al campo nos vamos si nos da la gana!

Lo que quiero decir es que escribimos desde la experiencia de lo que somos, pero no sobre ello, o al menos no siempre de una manera estrictamente pegada a la cámara de lo real aparente. Y eso no nos resta un ápice de compromiso con la situación de ser mujer y reapropiarse por fin de la palabra. Más bien, y como podrás comprobar en los relatos recogidos en esta antología, es todo lo contrario.

Se trata de visibilizar la existencia de una comunidad que es mayor que nosotras, porque atañe también a las autoras que, aun habiendo escrito obras realistas basadas o no en sus propias vivencias, quieran en algún momento hacer otro tipo de literatura sin el peligro de que las encorseten. Que nadie les diga: «¿En serio? Tus lectores no van a comprender que ahora escribas esta *historieta* sobre una chica que conoce a un rabino muy tímido en una discoteca y que, cuando intenta ligárselo, provoca sin proponérselo una plaga de gólems bien peinados y perfumados que no entienden que “no” es NO. Porque es la única forma en que el rabino sabe mostrar su interés por ella, y acaba terriblemente abusada en una cuneta. O no, acaba convertida en *Buffy Cazavampiros*». Digo yo que eso, aunque algo chiflado, es político y tiene un sustrato terriblemente real.

Necesitamos una literatura más de(s)generada. La tenemos, de hecho. Pero debemos entender que también la necesitamos.

Recuperando el final de «Ellas, las extrañas» que ha dado título a esta antología de relatos donde no están todas las que son, pero las que están son genuina, brillante y singularmente ellas:

«Lo raro nos fascina. Lo raro nos repele. Lo raro no debería estar allí. Pero está... Que la última en salir NO cierre la puerta. Aún hay más por llegar.»

Beatriz García Guirado
15 de noviembre de 2022

Cristina Fernández Cubas (Arenys de Mar, Barcelona, 1945) se dio a conocer en 1980 con un libro de relatos, *Mi hermana Elba*, género que seguiría cultivando en *Los altillos de Brumal*, *El ángulo del horror*, *Con Agatha en Estambul*, *Parientes pobres del diablo* (obras reunidas en *Todos los cuentos*) y su título más reciente: *La habitación de Nona*. Es autora asimismo de una obra de teatro, *Hermanas de sangre*; un libro de memorias narradas, *Cosas que ya no existen*; una biografía de Emilia Pardo Bazán y tres novelas: *El año de Gracia*, *El columpio* y *La puerta entreabierta* (esta última bajo el seudónimo de **Fernanda Kubbs**). Traducida a diez idiomas, ha recibido, entre otros, los premios Ciutat de Barcelona, Cálamo, Salambó, Setenil, y los premios Dulce Chacón, Nacional de la Crítica y Nacional de Narrativa por su última obra.

El relato «El reloj de Bagdad» pertenece originalmente a *Mi hermana Elba*, editado por Tusquest en 1980.

El reloj de Bagdad

Nunca las temí ni nada hicieron ellas por amedrentarme. Estaban ahí, junto a los fogones, confundidas con el crujir de la leña, el sabor a bollos recién horneados, el vaivén de los faldones de las viejas. Nunca las temí, tal vez porque las soñaba pálidas y hermosas, pendientes como nosotros de historias sucedidas en aldeas sin nombre, aguardando el instante oportuno para dejarse oír, para susurrarnos sin palabras: «Estamos aquí, como cada noche». O bien, refugiarse en el silencio denso que anunciaba: «Todo lo que estáis escuchando es cierto. Trágica, dolorosa, dulcemente cierto». Podía ocurrir en cualquier momento. El rumor de las olas tras el temporal, el paso del último mercancías, el trepidar de la loza en la alacena, o la inconfundible voz de Olvido, encerrada en su alquimia de cacerolas y pucheros:

—Son las ánimas, niña, son las ánimas.

Más de una vez, con los ojos entornados, creí en ellas.

¿Cuántos años tendría Olvido en aquel tiempo? Siempre que le preguntaba por su edad la anciana se encogía de hombros, miraba con el rabillo del ojo a Matilde y seguía impasible, desgranando guisantes, zurciendo calcetines, disponiendo las lentejas en pequeños montones, o recordaba, de pronto, la inaplazable necesidad de bajar al sótano a por leña y alimentar

la salamandra del último piso. Un día intenté sonsacar a Matilde. «Todos los del mundo», me dijo riendo.

La edad de Matilde, en cambio, jamás despertó mi curiosidad. Era vieja también, andaba encorvada, y los cabellos canos, amarilleados por el agua de colonia, se divertían ribetean-do un pequeño moño, apretado como una bola, por el que asomaban horquillas y pasadores. Tenía una pierna renqueante que sabía predecir el tiempo y unas cuantas habilidades más que, con el paso de los años, no logro recordar tan bien como quisiera. Pero, al lado de Olvido, Matilde me parecía muy joven, algo menos sabia y mucho más inexperta, a pesar de que su voz sonara dulce cuando nos mostraba los cristales empañados y nos hacía creer que afuera no estaba el mar, ni la playa, ni la vía del tren, ni tan siquiera el Paseo, sino montes inaccesibles y escarpados por los que correteaban manadas de lobos enfurecidos y hambrientos. Sabíamos —Matilde nos lo había contado muchas veces— que ningún hombre temeroso de Dios debía, en noches como aquellas, abandonar el calor de su casa. Porque ¿quién, sino un alma pecadora, condenada a vagar entre nosotros, podía atreverse a desafiar tal oscuridad, semejante frío, tan espantosos gemidos procedentes de las entrañas de la tierra? Y entonces Olvido tomaba la palabra. Pausada, segura, sabedora de que a partir de aquel momento nos hacía suyos, que muy pronto la luz del quinqué se concentraría en su rostro y sus arrugas de anciana dejarían paso a la tez sonrosada de una niña, a la temible faz de un sepulturero atormentado por sus recuerdos, a un fraile visionario, tal vez a una monja milagrera... Hasta que unos pasos decididos, o un fino taconeo, anunciaran la llegada de incómodos intrusos. O que ellas, nuestras amigas, indicaran por boca de Olvido que había llegado la hora de descansar, de tomarnos la sopa de sémola o de apagar la luz.

Sí, Matilde, además de su pierna adivina, poseía el don de la dulzura. Pero en aquellos tiempos de entregas sin fisuras yo

había tomado el partido de Olvido, u Olvido, quizá, no me había dejado otra opción. «Cuando seas mayor y te cases, me iré a vivir contigo». Y yo, cobijada en el regazo de mi protectora, no conseguía imaginar cómo sería esa tercera persona dispuesta a compartir nuestras vidas, ni veía motivo suficiente para separarme de mi familia o abandonar, algún día, la casa junto a la playa. Pero Olvido decidía siempre por mí. «El piso será soleado y pequeño, sin escaleras, sótano ni azotea». Y no me quedaba otro remedio que ensoñarlo así, con una amplia cocina en la que Olvido trajinara a gusto y una gran mesa de madera con tres sillas, tres vasos y tres platos de porcelana... O, mejor, dos. La compañía del extraño que las previsiones de Olvido me adjudicaban no acababa de encajar en mi nueva cocina. «Él cenará más tarde», pensé. Y le saqué la silla a un hipotético comedor que mi fantasía no tenía interés alguno en representarse.

Pero en aquel caluroso domingo de diciembre, en que los niños danzaban en torno al bulto recién llegado, me fijé con detenimiento en el rostro de Olvido y me pareció que no quedaba espacio para una nueva arruga. Se hallaba extrañamente rígida, desatenta a las peticiones de tijeras y cuchillos, ajena al jolgorio que el inesperado regalo había levantado en la antesala. «Todos los años del mundo», recordé, y, por un momento, me invadió la certeza de que la silla que tan ligeramente había desplazado al comedor no era la del supuesto, futuro y desdibujado marido.

Lo habían traído aquella misma mañana, envuelto en un recio papel de embalaje, amarrado con cordeles y sogas como un prisionero. Parecía un gigante humillado, tendido como estaba sobre la alfombra, soportando las danzas y los chillidos de los niños, excitados, inquietos, seguros hasta el último instante de que solo ellos iban a ser los destinatarios del descomunal juguete. Mi madre, con mañas de gata adulada, seguía

de cerca los intentos por desvelar el misterio. ¿Un nuevo armario? ¿Una escultura, una lámpara? Pero no, mujer, claro que no. Se trataba de una obra de arte, de una curiosidad, de una ganga. El anticuario debía de haber perdido el juicio. O, quizá, la vejez, un error, otras preocupaciones. Porque el precio resultaba irrisorio para tamaña maravilla. No teníamos más que arrancar los últimos adhesivos, el celofán que protegía las partes más frágiles, abrir la puertecilla de cristal y sujetar el péndulo. Un reloj de pie de casi tres metros de alzada, números y manecillas recubiertos de oro, un mecanismo rudimentario pero perfecto. Deberíamos limpiarlo, apuntalarlo, disimular con barniz los inevitables destrozos del tiempo. Porque era un reloj muy antiguo, fechado en 1700, en Bagdad, probable obra de artesanos iraquíes para algún cliente europeo. Solo así podía interpretarse el hecho de que la numeración fuera arábiga y que la parte inferior de la caja reprodujera en relieve los cuerpos festivos de un grupo de seres humanos. ¿Danzarines? ¿Invitados a un banquete? Los años habían desdibujado sus facciones, los pliegues de sus vestidos, los manjares que se adivinaban aún sobre la superficie carcomida de una mesa. Pero ¿por qué no nos decidíamos de una vez a alzar la vista, a detenernos en la esfera, a contemplar el juego de balanzas que, alternándose el peso de unos granos de arena, ponía en marcha el carillón? Y ya los niños, equipados con cubos y palas, salían al Paseo, miraban a derecha e izquierda, cruzaban la vía y se revolcaban en la playa que ahora no era una playa sino un remoto y peligroso desierto. Pero no hacía falta tanta arena. Un puñado, nada más, y, sobre todo, un momento de silencio. Coronando la esfera, recubierta de polvo, se hallaba la última sorpresa de aquel día, el más delicado conjunto de autómatas que hubiéramos podido imaginar. Astros, planetas, estrellas de tamaño diminuto aguardando las primeras notas de una melodía para ponerse en movimiento. En menos de una semana conoceríamos todos los secretos de su mecanismo.

Lo instalaron en el descansillo de la escalera, al término del primer tramo, un lugar que parecía construido aposta. Se le podía admirar desde la antesala, desde el rellano del primer piso, desde los mullidos sillones del salón, desde la trampilla que conducía a la azotea. Cuando, al cabo de unos días, dimos con la proporción exacta de arena y el carillón emitió, por primera vez, las notas de una desconocida melodía, a todos nos pareció muchísimo más alto y hermoso. El Reloj de Bagdad estaba ahí. Arrogante, majestuoso, midiendo con su sordo tictac cualquiera de nuestros movimientos, nuestra respiración, nuestros juegos infantiles. Parecía como si se hallara en el mismo lugar desde tiempos inmemoriales, como si solo él estuviera en su puesto, tal era la altivez de su porte, su seguridad, el respeto que nos infundía cuando, al caer la noche, abandonábamos la plácida cocina para alcanzar los dormitorios del último piso. Ya nadie recordaba la antigua desnudez de la escalera. Las visitas se mostraban arrobadas, y mi padre no dejaba de felicitarse por la astucia y la oportunidad de su adquisición. Una ocasión única, una belleza, una obra de arte.

Olvido se negó a limpiarlo. Pretextó vértigos, jaquecas, vejez y reumatismo. Aludió a problemas de la vista, ella que podía distinguir un grano de cebada en un costal de trigo, la cabeza de un alfiler en un montón de arena, la china más minúscula en un puñado de lentejas. Encaramarse a una escalera no era labor para una anciana. Matilde era mucho más joven y llevaba, además, menos tiempo en la casa. Porque ella, Olvido, poseía el privilegio de la antigüedad. Había criado a las hermanas de mi padre, asistido a mi nacimiento, al de mis hermanos, ese par de pecosos que no se apartaban de las faldas de Matilde. Pero no era necesario que sacase a relucir sus derechos, ni que se asiera con tanta fuerza de mis trenzas. «Usted, Olvido, es como de la familia». Y, horas más tarde, en la soledad de la alcoba de mis padres: «Pobre Olvido. Los años no perdonan».

No sé si la extraña desazón que iba a adueñarse pronto de la casa irrumpió de súbito, como me lo presenta ahora la memoria, o si se trata, quizá, de la deformación que entraña el recuerdo. Pero lo cierto es que Olvido, tiempo antes de que la sombra de la fatalidad se cerniera sobre nosotros, empezó a adquirir actitudes de felina recelosa, siempre con los oídos alerta, las manos crispadas, atenta a cualquier soplo de viento, al menor murmullo, al chirriar de las puertas, al paso del mercancías, del rápido, del expreso, o al cotidiano trepidar de las cacerolas sobre las repisas. Pero ahora no eran las ánimas que pedían oraciones ni frailes pecadores condenados a penar largos años en la tierra. La vida en la cocina se había poblado de un silencio tenso y agobiante. De nada servía insistir. Las aldeas, perdidas entre montes, se habían tornado lejanas e inaccesibles, y nuestros intentos, a la vuelta del colegio, por arrancar nuevas historias se quedaban en preguntas sin respuestas, flotando en el aire, bailoteando entre ellas, diluyéndose junto a humos y suspiros. Olvido parecía encerrada en sí misma, y aunque fingía entregarse con ahínco a fregar los fondos de las ollas, a barnizar armarios y alacenas, o a blanquear las juntas de los mosaicos, yo la sabía cruzando el comedor, subiendo con cautela los primeros escalones, deteniéndose en el descansillo y observando. La adivinaba observando, con la valentía que le otorgaba el no hallarse realmente allí, frente al péndulo de bronce, sino a salvo, en su mundo de pucheros y sartenes, un lugar hasta el que no llegaban los latidos del reloj y en el que podía ahogar, con facilidad, el sonido de la inevitable melodía.

Pero apenas hablaba. Tan solo en aquella mañana ya lejana en que mi padre, cruzando mares y atravesando desiertos, explicaba a los pequeños la situación de Bagdad, Olvido se había atrevido a murmurar: «Demasiado lejos». Y luego, dando la espalda al objeto de nuestra admiración, se había internado

por el pasillo cabeceando enfurruñada, sosteniendo una conversación consigo misma.

—Ni siquiera deben de ser cristianos —dijo entonces.

En un principio, y aunque lamentara el súbito cambio que se había operado en nuestra vida, no concedí excesiva importancia a los desvaríos de Olvido. Los años parecían haberse desplomado de golpe sobre el frágil cuerpo de la anciana, sobre aquellas espaldas empeñadas en curvarse más y más a medida que pasaban los días. Pero un hecho fortuito terminó de sobrecargar la enrarecida atmósfera de los últimos tiempos. Para mi mente de niña, se trató de una casualidad; para mis padres, de una desgracia; para la vieja Olvido, de la confirmación de sus oscuras intuiciones. Porque había sucedido junto al bullicioso grupo sin rostro, ante el péndulo de bronce, frente a las manecillas recubiertas de oro. Matilde sacaba brillo a la cajita de astros, al Sol y a la Luna, a las estrellas sin nombre que componían el diminuto desfile, cuando la mente se le nubló de pronto, quiso aferrarse a las balanzas de arena, apuntalar sus pies sobre un peldaño inexistente, impedir una caída que se presentaba inevitable. Pero la liviana escalerilla se negó a sostener por más tiempo aquel cuerpo oscilante. Fue un accidente, un desmayo, una momentánea pérdida de conciencia. Matilde no se encontraba bien. Lo había dicho por la mañana mientras vestía a los pequeños. Sentía náuseas, el estómago revuelto, posiblemente la cena de la noche anterior, quién sabe si una secreta copa traidora al calor de la lumbre. Pero no había forma humana de hacerse oír en aquella cocina dominada por sombríos presagios. Y ahora no era solo Olvido. A los innombrables temores de la anciana se había unido el espectacular terror de Matilde. Rezaba, conjuraba, gemía. Se las veía más unidas que nunca, murmurando sin descanso, farfullando frases inconexas, intercambiándose consejos y plegarias. La antigua rivalidad, a la hora de competir con

su arsenal de prodigios y espantos, quedaba ya muy lejos. Se diría que aquellas historias, con las que nos hacían vibrar de emoción, no eran más que juegos. Ahora, por primera vez, las sentía asustadas.

Durante aquel invierno fui demorando, poco a poco, el regreso del colegio. Me detenía en las plazas vacías, frente a los carteles del cine, ante los escaparates iluminados de la calle principal. Retrasaba en lo posible el inevitable contacto con las noches de la casa, súbitamente tristes, inesperadamente heladas, a pesar de que la leña siguiera crujendo en el fuego y de que de la cocina surgieran aromas a bollo recién hecho y a palomitas de maíz. Mis padres, inmersos desde hacía tiempo en los preparativos de un viaje, no parecían darse cuenta de la nube siniestra que se había introducido en nuestro territorio. Y nos dejaron solos. Un mundo de viejas y niños solos. Subiendo la escalera en fila, cogidos de la mano, sin atrevernos a hablar, a mirarnos a los ojos, a sorprender en el otro un destello de espanto que, por compartido, nos obligara a nombrar lo que no tenía nombre. Y ascendíamos escalón tras escalón con el alma encogida, conteniendo la respiración en el primer descansillo, tomando carrerilla hasta el rellano, deteniéndonos unos segundos para recuperar aliento, continuando silenciosos los últimos tramos del camino, los latidos del corazón azotando nuestro pecho, unos latidos precisos, rítmicos, perfectamente sincronizados. Y, ya en el dormitorio, las viejas acostaban a los pequeños en sus camas, niños olvidados de su capacidad de llanto, de su derecho a inquirir, de la necesidad de conjurar con palabras sus inconfesados terrores. Luego nos daban las buenas noches, nos besaban en la frente y, mientras yo prendía una débil lucecita junto al cabezal de mi cama, las oía dirigirse con pasos arrastrados hacia su dormitorio, abrir la puerta, cuchichear entre ellas, lamentarse, suspirar. Y después dormir, sin molestarse en apagar el tenue resplandor de la desnuda bombilla, sueños agitados que pregonaban a gritos el silenciado motivo de sus inquietudes diurnas, el

Señor Innombrado, el Amo y Propietario de nuestras viejas e infantiles vidas.

La ausencia de mis padres no duró más que unas semanas, tiempo suficiente para que, a su regreso, encontraran la casa molestandamente alterada. Matilde se había marchado. Un mensaje, una carta del pueblo, una hermana doliente que reclamaba angustiada su presencia. Pero ¿cómo podía ser? ¿Desde cuándo Matilde tenía hermanas? Nunca hablaba de ella, pero conservaba una hermana en la aldea. Aquí estaba la carta: sobre la cuadrícula del papel una mano temblorosa explicaba los pormenores del imprevisto. No tenían más que leerla. Matilde la había dejado con este propósito: para que comprendieran que hizo lo que hizo porque no tenía otro remedio. Pero era una carta sin franqueo. ¿Cómo podía haber llegado hasta la casa? La trajo un pariente. Un hombre apareció una mañana por la puerta con una carta en la mano. ¿Y esa curiosa y remilgada redacción? Mi madre buscaba entre sus libros un viejo manual de cortesía y sociedad. Aquellos billetes de pésame, de felicitación, de cambio de domicilio, de comunicación de desgracias. Esa carta la había leído ya alguna vez. Si Matilde quería abandonarnos no tenía necesidad de recurrir a ridículas excusas. Pero ella, Olvido, no podía contestar. Estaba cansada, se sentía mal, había aguardado a que regresaran para declararse enferma. Y ahora, postrada en el lecho de su dormitorio, no deseaba otra cosa que reposar, que la dejaran en paz, que desistieran de sus intentos por que se decidiera a probar bocado. Su garganta se negaba a engullir alimento alguno, a beber siquiera un sorbo de agua. Cuando se acordó la conveniencia de que los pequeños y yo misma pasáramos unos días en casa de lejanos familiares y subí a despedirme de Olvido, creí encontrarme ante una mujer desconocida. Había adelgazado de manera alarmante, sus ojos parecían enormes, sus brazos, un manojo de huesos y venas. Me acarició la cabeza casi sin rozarme, esbozando una mueca que ella debió de suponer sonrisa, supliendo con el brillo de su mirada las escasas palabras

que lograban aflorar a sus labios. «Primero pensé que algún día tenía que ocurrir», masculló, «que unas cosas empiezan y otras acaban...». Y luego, como presa de un pavor invencible, asiéndose de mis trenzas, intentando escupir algo que desde hacía tiempo ardía en su boca y empezaba ya a quemar mis oídos: «Guárdate. Protégete... ¡No te descuides ni un instante!».

Siete días después, de regreso a casa, me encontré con una habitación sórdidamente vacía, olor a desinfectante y colonia de botica, el suelo lustroso, las paredes encaladas, ni un solo objeto ni una prenda personal en el armario. Y, al fondo, bajo la ventana que daba al mar, todo lo que quedaba de mi adorada Olvido: un colchón desnudo, enrollado sobre los muelles oxidados de la cama.

Pero apenas tuve tiempo de sufrir su ausencia. La calamidad había decidido ensañarse con nosotros, sin darnos respiro, negándonos un reposo que iba revelándose urgente. Los objetos se nos caían de las manos, las sillas se quebraban, los alimentos se descomponían. Nos sabíamos nerviosos, agitados, inquietos. Debíamos esforzarnos, prestar mayor atención a todo cuanto hiciéramos, poner el máximo cuidado en cualquier actividad por nimia y cotidiana que pudiera parecernos. Pero, aun así, a pesar de que lucháramos por combatir aquel creciente desasosiego, yo intuía que el proceso de deterioro al que se había entregado la casa no podía detenerse con simples propósitos y buenas voluntades. Eran tantos los olvidos, tan numerosos los descuidos, tan increíbles las torpezas que cometíamos de continuo, que ahora, con la distancia de los años, contemplo la tragedia que marcó nuestras vidas como un hecho lógico e inevitable. Nunca supe si aquella noche olvidamos retirar los braseros, o si lo hicimos de forma apresurada, como todo lo que emprendíamos en aquellos días, desatentos a la minúscula ascua escondida entre los faldones de la mesa camilla, entre los flecos de cualquier mantel abandonado a su desidia... Pero nos arrancaron del lecho a gritos, nos envolvieron en mantas, bajamos como enfebrecidos las temibles

escaleras, pobladas, de pronto, de un humo denso, negro, asfixiante. Y luego, ya a salvo, a pocos metros del jardín, un espectáculo gigantesco e imborrable. Llamas violáceas, rojas, amarillas, apagando con su fulgor las primeras luces del alba, compitiendo entre ellas por alcanzar las cimas más altas, surgiendo por ventanas, hendiduras, claraboyas. No había nada que hacer, dijeron, todo estaba perdido. Y así, mientras, inmovilizados por el pánico, contemplábamos la lucha sin esperanzas contra el fuego, me pareció como si mi vida fuera a extinguirse en aquel preciso instante, a mis escasos doce años, envuelta en un murmullo de lamentaciones y condolencias, junto a una casa que hacía tiempo había dejado de ser mi casa. El frío del asfalto me hizo arrugar los pies. Los noté desmesurados, ridículos, casi tanto como las pantorrillas que asomaban por las perneras de un pijama demasiado corto y estrecho. Me cubrí con la manta y, entonces, asestándome el tiro de gracia, se oyó la voz. Surgió a mis espaldas, entre baúles y archivadores, objetos rescatados al azar, cuadros sin valor, jarrones de loza, a lo sumo un par de candelabros de plata.

Sé que, para los vecinos congregados en el Paseo, no fue más que la inoportuna melodía de un hermoso reloj. Pero, a mis oídos, había sonado como unas agudas, insidiosas, perversas carcajadas.

Aquella misma madrugada se urdió la ingenua conspiración de la desmemoria. De la vida en el pueblo recordáramos solo el mar, los paseos por la playa, las casetas listadas del verano. Fingí adaptarme a los nuevos tiempos, pero no me perdí detalle, en los días inmediatos, de todo cuanto se habló en mi menospreciada presencia. El anticuario se obstinaba en rechazar el reloj aduciendo razones de dudosa credibilidad. El mecanismo se hallaba deteriorado, las maderas carcomidas, las fechas falsificadas... Negó haber poseído, alguna vez, un objeto de tan desmesurado tamaño y redomado mal gusto,